

Alejandro Vargas González

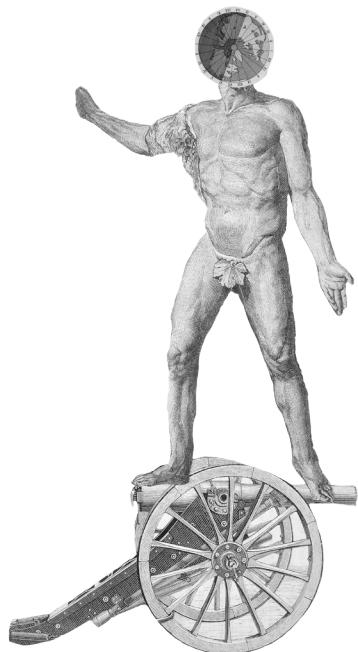
LOS POETAS DE LA GRAN GUERRA

(1914-1918)



LOS POETAS DE LA GRAN GUERRA

Alejandro Vargas González
LOS POETAS DE LA GRAN GUERRA



ARS  POETICA

Alejandro Vargas González

LOS POETAS DE LA GRAN GUERRA

(1914-1918)

COLECCIÓN

| SAPIENTIA POETICA |



Los poetas de la Gran Guerra (1914-1918)

ALEJANDRO VARGAS GONZÁLEZ

Colección
SAPIENTIA POETICA

Dirección editorial
ILIA GALÁN

Ilustración de cubierta
FELIPE BENÍTEZ REYES

© 2021 Alejandro Vargas González

© 2021 ARS POETICA

EntreAcacias, S. L.
[Sociedad editora]
c/Palacio Valdés, 3-5, 1º C
33002 Oviedo - Asturias (ESPAÑA)
Tel. (centralita): (+34) 984 300 233
info@arspoetica.es | pedidos@arspoetica.es

1ª edición: junio, 2021

ISBN: 978-84-18536-17-5

Depósito Legal: AS 00233-2021

Impreso en España
Impreso por Podiprint

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*A mi amigo José Parrot,
y a mi querida Araceli.*

«En ciudades y aldeas nacimos,
y en pequeños pueblos perdidos en el tiempo;
una época que agonizaba se reía
de nuestro inocente despertar
con tintineo de marcha militar...».

(Vera Brittain *Ave, generación de la guerra*)

PRÓLOGO

La Primera Guerra Mundial o Gran Guerra, como la conocieron sus contemporáneos, transformó el mundo de forma radical. Al finalizar habían muerto o resultado heridos millones de hombres. Cuatro imperios (alemán, austro-húngaro, ruso y turco) habían desaparecido. Se crearon nuevas naciones, en Rusia triunfó la revolución bolchevique, y los Estados Unidos reemplazaron a Gran Bretaña como primera potencia mundial.

La Gran Guerra quebró la confianza ilustrada en la razón y terminó con el optimismo humanista del siglo XIX. La fe en el progreso indefinido, y la seguridad con la que varias generaciones de europeos habían vivido hasta entonces, desaparecieron. El respeto a las tradiciones, y a todo tipo de valores, fueron puestos en duda.

Hoy nos resulta difícil entender el entusiasmo con el que fue recibido el conflicto en el verano de 1914, en especial entre las clases medias burguesas. En apenas unas semanas, lo que había

comenzado como una aventura romántica, se había convertido en un inmenso crimen que destruía los fundamentos de la civilización occidental.

Una generación de hombres jóvenes fue masacrada. Murieron la mitad de los varones franceses entre los veinte y los treinta y dos años, la tercera parte de los alemanes, y seis de cada veinte británicos de la misma edad. La mayoría habían nacido entre 1880 y 1900. Durante su infancia y juventud fueron testigos de los enormes progresos técnicos y científicos que habrían de cambiar la sociedad. Se inventaron el fonógrafo, el cine, el automóvil y el aeroplano; extendiéndose la implantación de la luz eléctrica y del teléfono. La teoría de la relatividad cambiaba los conceptos clásicos de la física, mientras el psicoanálisis iniciaba la exploración del subconsciente. Por su parte, las vanguardias artísticas buscaban nuevas formas de expresión.

No obstante, aquella generación asumía con firmeza los valores en los que había sido educada: el sentido del honor, el respeto por las tradiciones, la fe cristiana, el amor a su país. La autoridad de padres, maestros y sacerdotes no se ponía en duda. Por eso, cuando llegó el momento muchos se alistaron voluntarios. Acudir a la llamada de las armas era más que una aventura; era una obligación moral, una cuestión de honor.

En el barro de las trincheras perdieron su inocencia y su vida. Fue entonces cuando comprendieron que luchaban en defensa de unos principios que ya no podían ser los suyos. Pero fueron

consecuentes, y hoy yacen enterrados en cientos de cementerios próximos a los antiguos campos de batalla.

El escritor Rudyard Kipling, cuyo hijo murió en el frente, lo expresó en unos sentidos versos:

*If anyone asks why we died
tell them, because our parents lied.*

(Si alguien pregunta porque morimos
dile que nuestros padres mintieron).

El libro comienza con un estudio preliminar donde se analiza la *poesía de guerra* publicada en las lenguas inglesa, alemana y francesa. El cuerpo principal lo constituye una antología de cuarenta poemas escritos por veintisiete poetas, muchos de los cuales cayeron en combate. Su selección responde a dos razones: su calidad, y el hecho de que sus autores, con una sola excepción, conocieron el horror de los frentes de batalla. Casi dos tercios son ingleses o proceden de algún país de lengua inglesa. La causa es simple: Inglaterra fue la nación donde la *poesía de guerra* alcanzó mayor amplitud y mérito. Finaliza el libro con un breve apunte biográfico de los poetas más destacados; seguido de un epílogo y una completa bibliografía.

La poesía en lengua rusa no se incluye en este estudio. A los poetas rusos nunca les interesó mucho la Gran Guerra. Como tema fue sustituida en 1917 por la Revolución bolchevique, que marcaría sus vidas para siempre, y donde darían lo mejor de su

talento como artistas. Sus nombres son conocidos: Anna Ajmátova, Aleksandr Blok, Vladimir Mayakovski, Boris Pasternak, Marina Tsviétaieva, Ósip Mandelshtam, entre otros.

Tampoco se incluye la poesía en lengua italiana, donde destacaron dos autores: Gabrielle D'Annunzio y Giuseppe Ungaretti. El primero de ellos, popular escritor y héroe de guerra, publicó numerosos poemas patrióticos en la prensa, de una calidad muy alejada de su talento. Ungaretti, por su parte, escribió un excelente poemario basado en sus vivencias como soldado: *Il porto sepolto*.

ESTUDIO PRELIMINAR

El 25 de octubre de 1854, en el transcurso de la Guerra de Crimea (1853-1856), una unidad de la caballería británica atacó una posición fortificada rusa. Seiscientos hombres se sacrificaron en una acción insensata que acabó con la mitad de ellos. Su jefe, Lord Cardigan, al parecer no entendió bien las órdenes. Pero el ataque no careció de épica. Los periódicos informaron de lo sucedido y la opinión pública pronto conoció los hechos. Semanas después, el poeta Alfred Tennyson escribió un poema titulado La carga de *La Brigada Ligera*. Su estrofa más conocida decía:

Cañones a su derecha,
cañones a su izquierda,
cañones frente a sí
dispararon y tronaron.

Hostigados por balas y metralla,
cabalgaron con osadía,
hacia las fauces de la Muerte,
hacia la boca del Infierno
cabalgaron los seiscientos

Y finalizaba:

¿Cuándo se olvidará su gloria?
¡Oh, qué carga tan valerosa la suya!
Al mundo entero maravillaron
¡Honrad la carga que realizaron!
¡Honrad a la Brigada Ligera,
a los nobles seiscientos!¹

A mediados del siglo XIX la poesía de raíz romántica veía la guerra como una aventura heroica. El combate era un acto de honor y valentía. Los soldados luchaban por un noble ideal, y su muerte conducía a una eternidad de gloria. Pero la realidad de la guerra moderna, donde miles de hombres eran masacrados en unas horas por nuevas armas de gran eficacia, estaba empezando a cambiar este concepto idealista.

La carnicería de la guerra civil en los Estados Unidos (1861-1865) llevó al poeta Walt Whitman a desarrollar una visión muy diferente. Whitman, que trabajó durante tres años como voluntario en hospitales militares de Washington, plasmó el sufrimiento del que fue testigo en un opúsculo titulado *Redobles de tambor* (1865), donde habló del dolor de los heridos y moribundos de ambos bandos, a los que cuidó y trató de consolar. No

¹ Alfred Tennyson, *Selected poems* (Londres, Heinemann, 1960).

hay heroísmo en su actitud; sólo sangre, putrefacción y muerte.
Y la pena de aquéllos que lloran la muerte de sus seres queridos,
en especial, las madres:

Pero la madre necesita estar mejor.
Enflaquecida, guarda luto. De día no toca la
comida, y de noche duerme con sobresalto;
se despierta a menudo.
Se despierta llorando a media noche, presa
de un hondo anhelo:
Oh, si pudiera retirarse sin ser notada, dejar
la vida en silencio,
para seguir, para buscar, para acompañar a
su querido hijo muerto.²

Pero fueron pocos los que siguieron la senda del poeta norteamericano. Cincuenta años después la Gran Guerra estalló ante el entusiasmo general. Muy pocas fueron las voces críticas. Millones de hombre se alistaron convencidos de que iban a combatir por una causa justa, y que la contienda sería una aventura que no dudaría mucho tiempo. En las primeras semanas ya quedó claro que no iba a ser así. El alto número de bajas resultaba insoportable. El horror de las batallas del Somme y de

² Walt Whitman, *Redobles de tambor* (Madrid, Hiperión, 2005) Traducción de Manuel Villar.

Verdún, en 1916, terminó por convencer a los que aún dudaban.

Terminada la contienda miles de monumentos a los caídos se levantaron en pueblos y ciudades de toda Europa. Por primera vez en la historia los reyes y emperadores no iban a ser protagonistas. El soldado común, con independencia de su graduación, les había quitado el sitio. Se consideró que su sacrificio no había sido en vano. Habían muerto por la nación, y merecían gratitud.

En 1920 el gobierno francés decidió erigir bajo el Arco de Triunfo de París una tumba al Soldado Desconocido. No resultó difícil encontrarlo; los cementerios estaban llenos. De los nueve millones de soldados que murieron solo la mitad fueron enterrados en tumbas con sus nombres. Los cuerpos de la otra mitad habían desaparecido. La metralla había hecho tan bien su trabajo que nada quedaba de ellos, como no fuera unos despojos irreconocibles.

La poesía no podía quedarse callada ante unos hechos que iban más allá de toda comprensión racional. Los poetas tenían la obligación de dejar su testimonio sobre una civilización que se derrumbaba. Era preciso escribir sobre lo sucedido. Así lo hicieron, y no fueron pocos los que entregaron su propia vida.

Poesía inglesa

Cuatro días estuvo la tierra desgarrada y rota
estallando acero,
las casas se desplomaron sobre nosotros;
tres noches sin atrevernos a dormir,
sudando y escuchando la inminente explosión
que significaba nuestra muerte.³

(Richard Aldington, *Bombardeo*)

³ George Walter (ed), *The Penguin Book of the First World War Poetry* (Londres, Penguin Group, 2006) p. 124.

El once de noviembre de 1985, aniversario del Día del Armisticio, se colocó una placa de mármol en el transepto sur de la abadía de Westminster, en Londres, en reconocimiento de los más notables poetas británicos de la Gran Guerra. La iniciativa partió del deán, Edward Carpenter. En la placa se encuentran los nombres de dieciséis *war poets*: Richard Aldington, Laurence Binyon, Edmund Blunden, Rupert Brooke, Wilfrid Gibson, Robert Graves, Julian Grenfell, Ivor Gurney, David Jones, Robert Nichols, Herbert Read, Isaac Rosenberg, Siegfried Sassoon, Charles Sorley, Edward Thomas y Wilfred Owen. Junto a ellos aparece un pequeño poema de este último: «*My subject is War, and the pity of War. The Poetry is in the pity*» (*Mi tema es la Guerra, y el lamento de la Guerra. La Poesía está en la compasión*).

La literatura inglesa sobre la guerra tuvo su máxima expresión de una espléndida generación de poetas; que además fueron los autores de algunas de las mejores novelas y memorias persona-

les. Eran hombres jóvenes y con experiencia en el frente. Una gran parte pertenecía a la clases altas o medias, y habían sido educados en las mejores escuelas y universidades.

Al estallar la contienda Gran Bretaña era la cabeza de un gran imperio que se extendía por los cinco continentes. Confiaba su defensa en la mayor flota naval del mundo, pero solo contaba con un pequeño ejército de voluntarios. El secretario de estado de la guerra, Lord Kitchener, inició una campaña de alistamiento masivo que tuvo como colofón la Ley de Servicio Militar Universal del 27 de enero de 1916. Desde entonces, defender al rey o a la patria ya no era una opción, sino un deber.

El nuevo ejército, formado por millones de reclutas, tuvo su bautismo de fuego en la batalla del Somme, que comenzó el uno de julio de ese año. Este día, y en unas pocas horas, las tropas británicas tuvieron más de cincuenta mil bajas, incluyendo cerca de veinte mil muertos. El impacto en la opinión pública fue enorme. Todo optimismo sobre el pronto final del conflicto desapareció. El entusiasmo de los primeros días era solo un sueño.

La poesía no fue ajena a este radical cambio de actitud. A comienzos del siglo XX predominaba en Inglaterra la llamada *poesía georgiana*, a la que se adscribían numerosos autores. Eran poemas idealistas, de tradición romántica, que cantaban las virtudes de la naturaleza y de la vida bucólica en las aldeas, donde el tiempo parecía haberse detenido. Eran muy apreciados por los lectores, lo que no debe extrañar en un país donde había

triunfado la revolución industrial y el feo urbanismo de los suburbios.

Los *war poets* ingleses asumieron esta tradición con la intención de renovarla. Sabían que debían acomodar sus voces a la dura realidad de la contienda; y lo consiguieron. La experiencia de la guerra determinó una nueva concepción de la naturaleza, donde se impusieron la parodia y la ironía. Apareció una nueva moralidad, y los poetas se mostraron muy críticos con los defectos del país por el que combatían.

Rupert Brooke fue el primer poeta cuya obra fue muy popular. En las primeras semanas del conflicto escribió una serie de sones idealistas que hablaban del sentido del honor, el heroísmo y la necesidad del sacrificio; lo que le convirtió en un símbolo. Alistado como voluntario, en abril de 1915 se embarcó para el Egeo con el fin de participar en la batalla de Gallipolli contra los turcos; pero contrajo una septicemia y falleció. Su muerte causó una honda conmoción. Winston Churchill, a la sazón Primer Lord del Almirantazgo, escribió su obituario en *The Times*. Su figura ha sido comparada con la del romántico Lord Byron, quien un siglo antes había animado a la juventud cultivada de Europa a luchar por la independencia griega contra el imperio otomano.

También en 1915 murieron en combate tres notables poetas: Julian Grenfell, militar profesional que afirmaba *adorar la guerra*; el escocés Charles Sorley, cuyos poemas, encontrados entre sus pertrechos, destilan un agrio desencanto; y Ronald Leighton,

que pasó de un inicial idealismo patriótico a una amarga visión de la contienda.

Algunos poetas fueron conocidos por uno solo de los poemas que escribieron. Es el caso de Laurence Binyon, autor *the For the Fallen* (*A los Caídos*), que hoy en día aún se recita en las conmemoraciones por el armisticio, el once de noviembre, en Gran Bretaña, Canadá, Australia y Nueva Zelanda.

El médico y cirujano canadiense John McCrae es el autor de *In Flanders Fields* (*En los campos de Flandes*). Las amapolas que menciona en sus versos son un símbolo de la victoria todavía en nuestros tiempos.

El estadounidense Alan Seeger publicó uno de los poemas más emocionantes: *I have a rendez-vous with Death* (*Tengo una cita con la Muerte*). Hijo de una familia de clase alta, se alistó en la Legión Extranjera francesa. Su figura constituye un ejemplo

de los cientos de jóvenes norteamericanos, como John Dos Passos y Ernest Hemingway, que no esperaron a que su país entrara en la guerra para apoyar con gran fervor la causa aliada.

Finalmente, contamos con unos espléndidos versos: *Before Action* (*Antes de entrar en la batalla*), de William N. Hodgson; escritos dos días antes de su muerte, el uno de julio de 1916, primer día de la batalla del Somme.

El lunes de Pascua de ese mismo año los nacionalistas irlandeses se alzaron en Dublín con el fin de proclamar la independencia de la isla de Gran Bretaña. Los regimientos irlandeses que se

hallaban en el frente no se movieron y la rebelión fue aplastada. Las letras irlandesas también hicieron su contribución a la poesía de guerra, destacando, entre otros, los nombres de Thomas M. Kettle y Francis Ledwidge, ambos caídos en acción.

Dos de las mejores novelas de la contienda fueron escritas por poetas: *La muerte del héroe* (1929), de Richard Aldington; y *Los favores de la Fortuna* (1929), del australiano Frederic Manning. En las dos, al igual que en sus poemas, ambos autores se muestran muy críticos con el sinsentido del conflicto, la estupidez de los políticos, los mandos del ejército y la sociedad en general. Todo es podredumbre y desolación.

En la misma línea se encuentran otros dos poetas: Robert Nichols e Ivor Gurney; ambos evacuados del frente tras sufrir neurosis de guerra. Solo un vago sentido del deber y la lealtad a sus camaradas les da fuerzas para enfrentarse a su destino.

Uno de los mejores poetas en lengua inglesa del siglo XX fue Edward Thomas. Se alistó en 1914 y cayó en combate a comienzos de 1917. Procedía de la tradición georgiana, a la que nunca renunció. Sus poemas, de un gran lirismo, expresan el horror de la guerra sin estridencias, a través del lenguaje de la naturaleza, en el contexto de una civilización que está desapareciendo.

Procedente de la misma tradición nos encontramos con otro gran poeta: Edmund Blunden. Su obra está muy influida por los románticos, en especial John Keats. De acuerdo con una visión panteísta, en sus poemas la naturaleza es capaz de sentir la tra-

gedia de la guerra, y de sufrir junto a los hombres. En 1928 publicó *Undertones of war*, un libro de memorias sobre el conflicto.

En 1929 apareció otro excelente volumen de memorias: *Adiós a todo eso*, de Robert Graves; una feroz sátira contra los valores que hicieron posible la matanza. Su poesía, que se negaría a incluir en sus *Obras Completas*, es amarga, y nos habla del horror de la vida y la muerte en las trincheras, sin mostrar la menor compasión.

En un registro muy diferente está David Jones, autor de una de las obras más originales sobre el conflicto: *In Parenthesis*, publicada en 1937. Se trata de un largo poema en verso y prosa de una gran complejidad sintáctica y semántica. Aunque basado en sus experiencias en el frente, el poeta hace constantes referencias a las míticas guerras del pasado galés.

Los dos últimos años de la contienda fueron muy duros. Gran Bretaña había reclutado a nueve millones de hombres. Los muertos y heridos se contaban por cientos de miles. El país estaba casi en quiebra, con una deuda pública astronómica, y la moral de la población se debilitaba. Todas las clases sociales se vieron afectadas, incluyendo a las élites aristocráticas, muchos de cuyos hijos cayeron en las trincheras. Fue en este momento cuando se escribió la mejor poesía de guerra. Sus protagonistas fueron tres grandes poetas: Isaac Rosenberg, Wilfred Owen y Siegfried Sassoon.

Isaac Rosenberg era hijo de una humilde familia de inmigrantes judeo-lituanos. Se aficionó a la poesía desde muy joven, in-

teresándose también por la pintura. En 1915, a pesar de su delicada salud, se alistó en una unidad del ejército, donde permaneció hasta abril de 1918, cuando fue muerto en combate. Sus poemas describen con acidez el tormento físico y espiritual que sufren los hombres en el frente: la tensión insopportable de la lucha, el cansancio, la locura, el dolor. Pero también el valor y la lealtad a los camaradas, con quienes se comparte el horror de una vida sin esperanza. Su poema *Dead Man's Dump* (*El vertedero de los muertos*) es considerado por muchos críticos como el mejor de la Gran Guerra.

Wilfred Owen estudió en la universidad de Londres, adquiriendo una sólida formación humanística. En 1913 se instaló en Burdeos, donde trabajó como profesor de idiomas. Dos años después regresó a Inglaterra y se alistó voluntario, alcanzando el grado de oficial. Owen era un hombre alegre y sensible que mostraba una profunda tristeza ante la realidad de la guerra. En junio de 1917 fue evacuado por invalidez transitoria. Padecía neurastenia, una enfermedad muy común entre la oficialidad. Fue ingresado en el sanatorio de Craiglockhart, en Edimburgo. Su poesía está llena de ironía y suave melancolía, huyendo del sarcasmo y de la acusación, lo que no le impide distinguir claramente entre víctimas y verdugos. La compasión hacia el sufrimiento de los soldados es el sentimiento dominante. Cayó en acción en noviembre de 1918, unos días antes del armisticio.

Siegfried Sassoon procedía de una familia acomodada y culta. Estudió derecho e historia en Cambridge, aunque pronto se interesó por la poesía. En los años previos a la contienda adoptó la vida de un pequeño señor rural, aficionado a la caza y al criquet. En 1914 se enroló como oficial en un regimiento de infantería. Era temerario y decidido, aunque muy respetado por sus hombres, que le apodaban *Jack el Loco*. La muerte de su hermano menor en Gallipolli le afectó mucho. Fue herido en varias ocasiones. En el verano de 1917, tras una convalecencia, se negó a volver al frente. Escribió entonces una dura carta a sus superiores acusando al Gobierno de no hacer nada para detener una matanza que carecía de sentido. La misiva se publicó en la prensa y fue leída en el Parlamento, causando gran conmoción. Estuvo a punto de ser juzgado por traición, pero un tribunal médico le diagnosticó neurosis de guerra, siendo ingresado en el mismo sanatorio escocés que Wilfred Owen, con quien trabó amistad. Una vez recuperado regresó a Francia, hasta que una nueva herida lo devolvió definitivamente a Inglaterra. Sus poemas son realistas, satíricos y muy amargos; sin apenas metáforas. La guerra es vista como un inmenso crimen del que son cómplices políticos, militares, periodistas y miles de civiles que, emboscados en la retaguardia, presumen de patriotismo. Es una poesía de denuncia, sin concesiones. Solo los soldados que luchan y mueren en las trincheras merecen consideración y respeto. En 1930 publicó *Memorias de un oficial de infantería*.

La literatura en lengua inglesa cuenta con un gran número de excelentes escritoras. Las mujeres jugaron un importante papel durante el conflicto. Sustituyeron a los hombres en sus trabajos y realizaron una sacrificada labor como enfermeras y en múltiples actividades auxiliares. El combativo movimiento sufragista apoyó el esfuerzo de guerra, y apartó temporalmente sus reivindicaciones.

Fueron numerosas las mujeres que escribieron poemas en esos terribles años. En español disponemos del libro de Eva Gallud, *Nada tan amargo*, donde se analiza la obra de seis autoras: Vera Brittain, Rose Macaulay, May W. Cannan, Jessie Pope, Margaret Sackville y S. Gertrude Ford. A ellas se podían añadir otras poetas de mérito como Charlotte Mew, Marjorie Pickthall, Eleanor Farjeon y Nora Bomford.

Entre todas destaca la figura de Vera Brittain, autora de uno de los mejores libros autobiográficos sobre la Gran Guerra: *Testamento de juventud*, publicado en 1933, con gran éxito de público y crítica.⁴

La poesía escrita por mujeres nos habla fundamentalmente del llamado *frente doméstico*: la preocupación por el marido o el hijo, el dolor por la pérdida de un ser querido, las largas jornadas de trabajo en las fábricas, la dificultad para encontrar comida de-

⁴ Eva Gallud (ed), *Nada tan amargo* (Santander, El Desvelo, 2018).

cente, o el sufrimiento de los soldados en los hospitales. Todos ellos constituyen temas que complementan la poesía de trincheras escrita por hombres.